

Salir de la pobreza

por Jesús María Silveyra

Hemos escuchado el llamado del Papa dirigido a todos los argentinos para realizar un “esfuerzo solidario” a fin de “reducir el escándalo de la pobreza e inequidad social” que reina en nuestro país. Hemos oído también al cardenal Jorge Bergoglio levantar su voz en San Cayetano y decirnos que en medio de tal escándalo “hay gente que sobra y es dejada de lado, tirados en verdaderos volquetes existenciales”. Mientras tanto, en el ámbito político, se discuten todavía los niveles reales de pobreza, ya que el gobierno nos ha privado hace más de tres años de los números ciertos y confiables que elaboraba hasta entonces el INDEC. Seguramente el dato se acerque más al 40% que señala la Universidad Católica Argentina que al 16% del discurso engañoso del ex Presidente Néstor Kirchner. Pero lo concreto es que debemos actuar ante este flagelo.

¡Argentinos, a las cosas!, nos decía en 1939, el gran filósofo español, José Ortega y Gasset. Y cuánta razón tenía. Porque si hay algo que nos cuesta como nación es pasar de las palabras a los hechos. Y actuar en este caso significa tomar medidas urgentes para combatir la pobreza y lograr reducirla. Seguramente lo primero en lo que hay que pensar es que para salir de la pobreza hay que trabajar y mucho. No se sale en forma mágica, ni por ósmosis. Se requiere un cambio en la mentalidad nacional para predisponerla al sacrificio y el esfuerzo compartido. Una voluntad de trabajo como la que tenían los inmigrantes que llevaron el país a los primeros planos de la economía mundial a fines del siglo XIX y que fue mermando debido a la demagógica distribución de la abundancia que se practicó posteriormente a través de políticas facilistas y populistas.

Asimismo, desde el Gobierno, habrá que elaborar propuestas consensuadas, transparentes y efectivas que permitan canalizar dicho cambio de mentalidad y compromiso social, tales como: liberar todas las trabas existentes a la producción nacional de bienes y servicios; generar confianza y seguridad jurídica para los inversores, de manera que se pongan en marcha proyectos productivos que generen empleo; practicar una reforma impositiva que elimine impuestos inequitativos como el IVA (que recae sobre toda la población por igual) reemplazándolo por un pequeño impuesto a las ventas; modificar las políticas de acción social que favorecen el clientelismo político, instrumentando un ingreso mínimo a la niñez desprotegida a cambio de escolaridad obligatoria; fomentar la acción mutual y cooperativa mediante incentivos legales y financieros que apunten al desarrollo de micro emprendimientos; erradicar y/o urbanizar las villas miserias a través de planes de entrega de títulos de propiedad en terrenos fiscales y programas de retorno a lugares de origen; luchar contra el narcotráfico en forma efectiva, mediante la radarización del espacio aéreo, el control satelital de plantaciones y laboratorios y la puesta en marcha de una política migratoria eficaz; incentivar el trabajo de las ONG que tienen fines sociales mediante un cambio en el impuesto a las ganancias que permita a las empresas efectuar mayores aportes y donaciones; etc...

Tuve la suerte hace unos años de conocer al padre Pedro Opeka, sacerdote argentino de la Congregación para la Misión de San Vicente de Paul, quien trabaja hace más de 35 años en la República de Madagascar, uno de los países más pobres del mundo. El padre Pedro es reconocido mundialmente por su lucha contra la pobreza y fue propuesto por al menos cuatro países para el Premio Nobel de la Paz (lamentablemente, todavía no por la Argentina). ¿Los motivos? Consiguió sacar a miles de personas de los basurales de los suburbios de la capital malgache y darles una vida más digna. ¿Por qué lo hizo? Conmovido al ver como un grupo de niños peleaban en el basural contra los cerdos por un trozo de comida, se dijo a sí mismo: “Esto no puede ser. Esto no es de Dios. Es el pecado del hombre. Debo hacer algo por ellos”. ¿Cómo lo hizo? Es una larga historia que trataré de resumir en tres párrafos.

Primero presentaré el cuadro de situación imperante, que no es muy distinto al que podemos ver en algún sitio del Gran Buenos Aires. Imaginen a miles de personas viviendo lisa y llanamente en un gran basural, en casas de cartón, de un metro y medio de altura. Gente hurgando en la pobre basura de un país pobre, donde lo que se tira es de muy escaso valor. Imaginen que mucha de esa gente cuando no está en el basural anda por las calles de la ciudad mendigando, alcoholizándose, vendiendo droga o prostituyéndose. Imaginen por último a esos niños, sucios, descalzos, que no van a la escuela, disputándose un trozo de carne con los cerdos. Y ahora, hagan un último esfuerzo y sientan el olor hediondo que despiende la basura podrida, vean el humo que se levanta de día por la quema de los desperdicios y de noche por la combustión de los gases, escuchen el zumbido de las moscas, el batir de las alas de las aves de rapiña y las voces de hombres, mujeres y niños revolviendo en la basura en busca de sustento sin encontrarle sentido a la vida.

Pedro Opeka llegó una mañana a ese lugar, se bajó de la moto, entró agachándose en cuatro patas a una de esas casuchas de cartón y reunido con tres o cuatro dirigentes les dijo. “Si ustedes están dispuestos a trabajar, yo los voy a ayudar”. Allí nació un compromiso consensuado, simple y concreto que dio lugar a la futura Asociación Humanitaria Akamasoa. “Ustedes trabajan”. “Yo los ayudo”. Y ante el sí de aquella gente marginada y excluida, que quería recuperar su dignidad, Pedro se puso en marcha. Debía conseguir tierras fiscales y ayuda económica, para sembrar la tierra, construir viviendas y sacarlos de ese infierno. Cuando la lucha contra la pobreza comenzó a obrar los primeros resultados, fueron ampliando los compromisos. “Los niños no pueden ir más al basural y deben estudiar. Los adultos deben dejar el alcohol, el juego y las drogas. Todos deben trabajar en algo digno”. Con ayuda económica extranjera empezaron a levantar pueblos, bien en el campo, bien en los alrededores del basural. Y como las obras estaban a la vista, las donaciones continuaron. Casas hermosas construidas por la misma gente del basurero, dispensarios, escuelas, un gran estadio deportivo y hasta un hospital. Explotando unas canteras aledañas, generaron a su vez fuentes de trabajo, que fueron ampliando a través de una fábrica de muebles, talleres mecánicos y centros de producción de artesanías. Hoy cerca de veinte mil personas viven en los pueblos de Akamasoa (que quiere decir: “Los Buenos Amigos”), nueve mil niños asisten a las escuelas, cuatro mil personas tienen trabajo en las empresas o en la prestación de

servicios de salud y educativos de la Asociación. Sí, un sueño hecho realidad, al que deben agregarse casi doscientas cincuenta mil personas que han pasado en más de 25 años por el Centro de Acogida donde se les da ayuda temporal.

Termino con algunas frases del padre Pedro Opeka, que pueden ayudarnos en nuestra propia lucha contra la pobreza en Argentina (se puede consultar la página: www.amigospadrepedro.com.ar) "La pobreza no es una fatalidad del destino, es algo producido por los hombres, sobre todo por los dirigentes que prometen y no hacen". "En una parte del mundo pareciera que no hay futuro, porque no hay medios y, en la otra, sobran los medios, pero se utilizan mal, en forma egoísta, cuando la riqueza debiera ser compartida". "Cuando los recursos sociales los maneja el Estado, no llegan a donde deben llegar, van a parar a otro lado, generalmente a los bolsillos de los políticos, sobre todo en los países subdesarrollados". "Nadie que ve un chico muriéndose de hambre puede ser indiferente". "Hay que generar empleos, para que todo el mundo pueda vivir dignamente. Pero, lamentablemente, lo que vemos en el mundo de hoy es que millones de personas viven por debajo de la línea de pobreza, directamente en la exclusión". "En Akamasoa no damos nada sin exigir el trabajo a cambio, cuando se trata de personas fuertes y de buena salud. En nuestros pueblos se trabaja, se escolariza a los niños y se respeta la disciplina comunitaria. Mi idea es que todo proyecto social debe estar centrado en la contraprestación, salvo cuando se trate de casos extremos". "El modelo de promoción humana de Akamasoa es replicable en todo el mundo, porque se basa en algo muy simple: el respeto por cada ser humano. Todos tienen lo mínimo necesario para vivir una vida digna".